

ENTREVISTA | Más de 50 años de trayectoria:

El lenguaje revelado de Luis Poirrot

A fines de esta semana coincidirán en librerías **El paisaje es el rostro** (Lom) y **Conversaciones con Luis Poirrot** (Hueders), de Francisco Mouat, dos entradas al universo de este reconocido fotógrafo chileno.

MARÍA TERESA CÁRDENAS M.

“Trátame con cariño”, le pidió Pedro Lemebel, cuando se disponía a fotografiarlo. Era su primer encuentro —“tardío”— y se produjo gracias a un amigo en común. “Recién operado y con cicatrices frescas, me recibí un personaje diferente al imaginado y al que transmitía su imagen de prensa. Casi tímido y frágil, de auténtica amabilidad”, escribe Luis Poirrot (1940) en **El paisaje es el rostro** (Lom), un volumen próximo a llegar a librerías y en el que junto a Lemebel figuran los retratos de otros cien narradores, poetas, dramaturgos, actores, cineastas. Son hombres y mujeres; jóvenes y mayores; vivos y muertos. “No hay orden, es azar de la memoria —explica—, como mi biblioteca, en la que los autores se entremezclan y se pierden, pero todos conviven hasta la sorpresa del reencuentro”.

Así, de algunos hay más de un retrato, incluso tres —Jorge Díaz, Neruda, Alejandro Sieveking, Armando Uribe, Lihn, Coloane, Víctor Jara—, cuatro —Zurita— o cinco, en el caso de José Donoso. De varios se incluyen dos —Raúl Ruiz, Patricio Guzmán, Carlos Cerda, Jorge Guzmán, Littin, Wacquez, Hahn, Redolés, Bertoni— y de la mayoría hay uno, muchos son recientes, y entre ellos destacan los de escritoras, como Andrea Jęftanovic, Nona Fernández, María José Ferrada. También varía la extensión de los textos que acompañan a cada retrato. Palabras e imágenes que revelan al propio autor, con sus afinidades y distancias, sus emociones, sus logros y sus dudas.

Una fotografía ya conocida resalta entre las demás: es la única de grupo y en ella aparecen, alegres, divertidos, Víctor Jara, Alejandro Sieveking, Bruna Contreras y Sergio Zapata, de la compañía de teatro La Remolienda. “Esa imagen que muchos recuerdan con cariño, la del banco en el Parque Forestal, nace de una situación creada por él [Víctor Jara] y que simplemente yo logro registrar”, escribe Poirrot. Y tiene otra particularidad: es la única a la que le ha puesto título: “Éramos tan felices”.

“Poner título a una imagen es condicionar su lectura. Esa foto tiene un nombre que me surgió espontáneamente y que no pude evitar”, explica en esta entrevista a través de correo electrónico desde su departamento en Providencia. El covid todavía impone restricciones, aunque, aclara, ya tiene las tres dosis de la vacuna.

Dolor y alegría

No fue una entrevista, sino cuatro años de conversaciones los que sostuvo con el periodista, escritor, editor y librero Francisco Mouat, y que ahora se recogen en **Autorretratos: conversaciones con Luis Poirrot** (Hueders). En el volumen, que también incluye imágenes, el destacado fotógrafo chileno va revelando con honestidad su biografía; sus compromisos y dolores; sus lealtades y rechazos, sus sueños y proyectos. Y sobre todo, las reflexiones sobre su propio oficio; una mirada sin concesiones acerca de lo que significa para él la fotografía, un lenguaje que —en su caso— no proviene de las artes visuales, sino del teatro y la literatura.

Es el “autorretrato” de Luis Poirrot. De esta manera conocemos el impacto de sus tres años en la Escuela Militar; su paso fugaz por la carrera de Derecho, la beca en París —donde se reencontró con su padre y, con su ayuda, compró su primera cámara Rolleiflex—, el descubrimiento del teatro, la experiencia como actor y director, y cómo llegó a convertirse en fotógrafo.

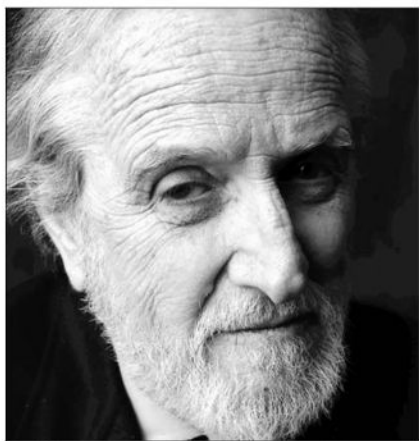
Así como en **El paisaje es el rostro**, también en **Autorretratos** reconoce, en ese sentido, y con humor, su deuda con el escritor y dramaturgo Jorge Díaz. Porque no hay asomo de humor en sus fotografías, le hace notar Francisco Mouat, pero sí —le responde Poirrot— en su vida: “Sin el humor, sin la risa, no podríamos sobrevivir a todas las cosas que nos suceden en cualquier historia de vida. Y mi vida no es la excepción. El humor me ha hecho más fuerte para sobrellevar la falta de padre, la enfermedad en el ojo, el golpe de Estado, el exilio, empezar de cero en Francia, empezar de cero en Barcelona, em-



Autorretrato en el exilio. Poirrot fotografió este árbol con las raíces a la vista en Gerona, España, en 1975.



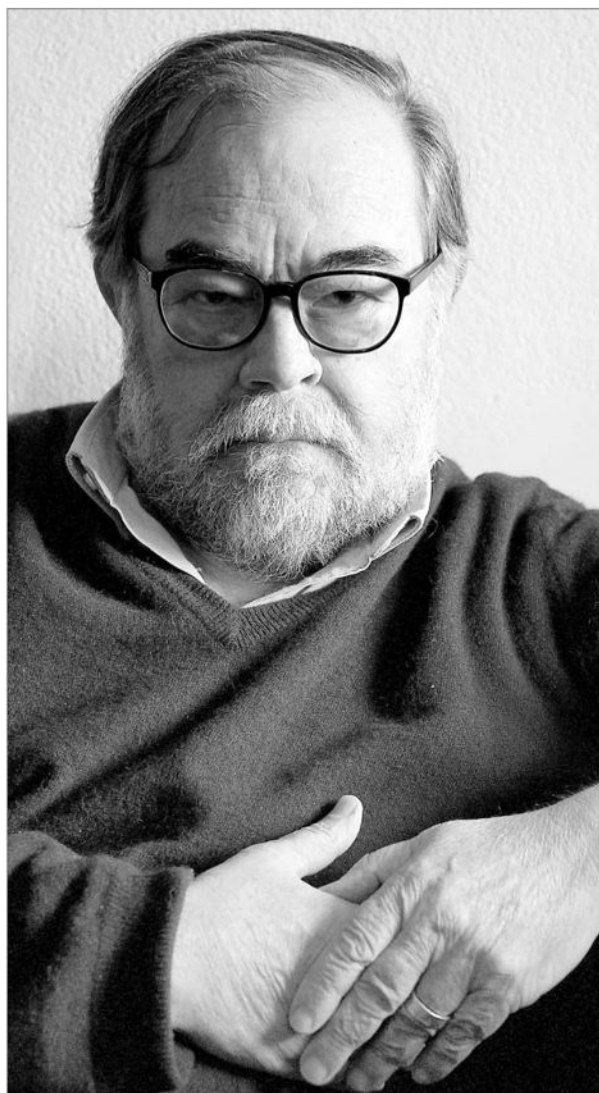
Su foto más sugerente de Neruda, según Henri Cartier-Bresson.



Su último y “verdadero” retrato de José Donoso, en 1996. Al escritor no le gustó.

pezar de cero en Chile, el cáncer, el divorcio, los amigos que se mueren, qué sé yo”. A sus 80 años, Luis Poirrot tiene dos hijas con Fernanda Larraín. Andrés, en tanto, es el único hijo de su primer matrimonio, con la actriz Carla Cristi.

El libro está dividido en 19 capítulos, cada uno con un epígrafe que anuncia de alguna manera el cauce que tomará la charla. Uno de ellos, dedicado —cómo no— a sus gatos. Curiosamente, ni **Autorretratos** ni **El paisaje es el rostro** tienen índice. Quizás porque las conversaciones y las vidas tampoco lo tienen. Que ambos libros lleguen simultáneamente a librerías es otra coincidencia: “una casualidad”, explica Poirrot. “El **Autorretrato** debió salir hace un año y en el de los escritores hubo que respe-



Luis Poirrot es miembro de número de la Academia Chilena de Bellas Artes.



“Éramos tan felices”: la única fotografía a la que su autor le ha puesto título. Aparecen Víctor Jara, Sergio Zapata, Bruna Contreras y Alejandro Sieveking.

tar el compromiso con el auspicio a la impresión del Fondart y dar por terminados los encuentros que seguirán en un segundo tomo”. No sabe “si es bueno o no que coincidan”, pero todo hace pensar que se trata de una feliz sincronía.

—“Para ser fotógrafo hay que ser obsesivo”, dice en “Autorretrato”. ¿De qué manera se ha expresado ese aspecto en usted y cómo lo ha manejado?

—Obsesivo en lograr una imagen que a veces no sabemos exactamente qué es, pero lo sabemos una vez que aparezca ante nosotros. Visito y revisito lugares y personas, un árbol en un potrero de Bucalemu, las rocas de un cementerio al borde del mar desde que regresé a Chile en 1985, el rostro de Fernanda por más de veinte años. Me enfrento a la canción de Leo Ferré que dice que con el tiempo todo se va y desaparece.

También en **Autorretratos**, Poirrot destaca a cuatro fotógrafos —André Kertész, Harry Callahan, Sergio Larraín y Jorge Sauré— que lo inspiraron porque hablan desde su mundo personal, “no son corresponsales de la desgracia ajena”, dice. ¿Cómo expresa el su dolor en las fotografías? “Expreso el dolor y la alegría —afirma—. Cuando tenía miedo al fin del trayecto por el cáncer fotografié esas flores casi secas que reclamaban un aliento de esperanza y la alegría era la belleza de Fernanda, como a mis veinte años, y que me impulsaban a vivir. El

fotógrafos que directa o indirectamente han marcado su trabajo”.

—¿Con qué impresión se quedó después de este conocimiento a fondo?

—Lucho Poirrot es un tipo intenso, complejo, inteligente, apasionado, abomina de la neutralidad, es muy sensible, convive con zonas bien oscuras en su vida personal que en algunos casos no tiene ganas de iluminar, porque son heridas aún muy vivas en su cuerpo y en su alma. Al mismo tiempo, es generoso y lúcido para reconocer que existen esas heridas, y que algunas de ellas solo es capaz de miradas desde la fotografía. Lucho es autor de una obra fotográfica que no le teme al dolor y donde no cabe el humor, lo que lo obliga a buscar espacios de risa y divertimento en otros territorios importantes de su vida, fundamentalmente su mujer, Fernanda, y sus hijas Aurora e Isabel, además de unos pocos amigos.

Sobre el género de “conversaciones” y su diferencia con la entrevista, señala: “Nunca me sentí entrevistando al fotógrafo Luis Poirrot, sino conversando durante un tiempo largo y diverso con Lucho Poirrot, un artista chileno al que valoro muchísimo y al que le agradezco el privilegio de permitirme entrar en su vida y en su obra sin ninguna restricción, en un espacio de respeto mutuo y enorme confianza.”

terremoto del 85 era la destrucción de mi mundo que encontré al regresar”. Su dolor, en la actualidad, “es la ausencia de alguien que no fotografié y que comenzaré a olvidar”.

—Dice que su fotografía viene de la literatura y el teatro, no de las artes visuales. ¿De qué manera eso diferencia su lenguaje?

—En la fotografía que busco, hay un relato interior, un subtexto sugerido y con diferentes posibilidades de lectura. La forma es simple, los materiales no se manipulan buscando comunicar con ello. Me aburren las teorías y discursos de la plástica, el mundo de los expertos y las galerías, esas exposiciones en que hay que leer un manual de instrucciones antes de ver las obras. En mi trabajo hay luces de Goya y Rembrandt conviviendo con fantasmas de Chéjov y O’Neill.

“Soy inevitablemente fotógrafo”

En ese sentido, Poirrot concibe al fotógrafo no como “un notario”, sino más bien como un poeta, que muestra menos y sugiere más. “Ya decía Diana Arbus que una fotografía mientras menos muestra, mayor poder de sugerencia adquiere”. Y recuerda su encuentro en París con Cartier-Bresson, a quien tuvo oportunidad de mostrarle algunas de sus fotografías —lo que está contado en extenso en **Autorretratos**—. “Él me explicó: ‘Esta foto de Neruda es su mejor imagen, porque todo está por suceder, no sabes qué pasará y el tiempo está detenido’”. En ella, el poeta aparece en su escritorio, pensativo.

En esos años, Luis Poirrot trabajaba en su libro **Neruda. Retratar la ausencia**. Más adelante vendrían otros. “Yo creo que el soporte más adecuado para la fotografía es el libro”, le dice a Mouat. Es por ello que, como ocurrió con **El paisaje es el rostro**, muchas de sus exposiciones han llegado después a este formato.

—Su opción ha sido por el blanco y negro, ¿por qué considera que el color “lo trivializa todo”?

—Irónicamente, mis comienzos profesionales fueron en color, y luego en Francia y España trabajé para otros y para mí en color. No tengo nada de eso, no hay archivo y lamento no haber tomado blanco y negro en la India y ciertos lugares de España. El color es limitado en su gama, pero pretende ser un reflejo; con el blanco y negro estamos en otro mundo, lleno de sutilezas.

—A sus 80 años y con todas las experiencias que le ha tocado vivir, ¿qué ha sido finalmente la fotografía para usted?

—¿Por qué finalmente? Estoy lleno de proyectos y esto no se termina. La fotografía es una manera de vivir, una pasión que me ha llenado de alegría. Soy inevitablemente fotógrafo.

Un gato solitario

Algunos de los textos que acompañan los retratos en **El paisaje es el rostro** revelan un cierto malestar o falta de entendimiento con su fotografiado o fotografiada. En otros casos reconoce no haber logrado plenamente el retrato. “Este libro bien podría tener un subtítulo como ‘antología de fracasos y algunos pocos milagros en el retrato’”, afirma.

Tampoco en **Autorretratos** se guarda comentarios sobre personajes como Bolaño, al que nunca quiso retratar, Nicanor Parra, Adolfo Couve o Susan Sontag —“una señora americana que escribió un poco de todo sin saber mucho”—, que podrían molestar a los “administradores de la escena cultural”. “Soy un gato solitario y no pertenezco a la dócil manada —puntualiza—. En palabras del poeta: he digerido las espinas”.

Con cada uno de los escritores retratados, Poirrot estableció una relación particular, única, para la que se preparó leyendo sus libros. “Diría que la mayoría me conmovieron por diferentes razones que ya venían de su lectura. Leo varias obras antes y busco entrevistas de manera de establecer un canal de comunicación, mundos en común cuando nos vemos. De otra manera es un poco violento poner un fierro con un vidrio frente al rostro sin otro preámbulo. Un retrato es el resultado de un encuentro en el que se busca una comunicación y un acto de confianza. De ahí puede surgir algo que llamamos retrato”.

La conversación con Mouat también aborda la contingencia y Luis Poirrot propone incorporar poetas a la redacción de la nueva Constitución. Y a pensadores, que “pueden articular el sueño del país que soñamos ser”. ¿Qué es lo que se lograría con ese aporte y cuál sería el rol de la fotografía en ese nuevo escenario? “La Constitución debe ser la expresión de los sueños que nos unen, nuestras utopías como sociedad. ¿En que país queremos vivir? Quizás deberíamos cambiar el siniestro lema del actual escudo por el ‘Gracias a la vida’, de la gran Violeta. La fotografía será siempre memoria personal y colectiva, que nos da el sentido de pertenecer a una familia y un país”.

Francisco Mouat: conversando a fondo con Lucho Poirrot

Francisco Mouat es uno de los retratados en **El paisaje es el rostro**, pero en **Autorretratos** se convierte en el interlocutor del fotógrafo. Sobre cómo llevó sus conversaciones a un libro de 250 páginas, dice que fue “un proceso largo, reflexivo, sin prisa, pero sin pausa, en el que tienes que entrar forzosamente en un territorio de mucha intimidad con el protagonista, que es Luis Poirrot”.

No sabe con exactitud cuántas sesiones sostuvieron en los cuatro años que duró el proceso, desde que empezaron a grabar hasta que terminaron de corregir el manuscrito y seleccionar las fotos. “El departamento de Lucho fue nuestro cuartel general. Estábamos solos, tranquilos, acompañados de sus gatos. Grabamos unas 20 o 25 horas en un lapso de dos años. En el camino pasaron cosas. Murieron algunos de sus gatos, murió mi padre. Vino el estallido y la pandemia. El encierro me ayudó a acelerar el proceso de transcripción, con la notable colaboración de Patricia Miño”.

Sobre cómo organizó el libro, explica: “Leer de corrido nuestras sesiones me permitió decidir que, salvo un par de intervenciones menores, el orden en que se dieron las conversaciones sería el mismo en que fui avanzando en la escritura de los capítulos. El último año nos vimos pocos por las cuarentenas, y a través del correo electrónico y WhatsApp resolví dudas y profundizamos en un par de episodios de su vida y en la obra de aquellos